

ras, se proveía con nobles también. Los que hacían profesión de vivir noblemente, es decir, de no hacer nada, estaban encargados de hacerlo todo. Y, claro es, nada se hacía.

El clero y la nobleza eran un peso para la tierra, la maldición del país, una mala hierba que era preciso cortar. Esto saltaba á la vista de



NECKER

todos. La única cuestión obscura era la de la realeza; cuestión no de pura forma, como tantas veces se ha repetido, sino de fondo; cuestión íntima más viva y palpitante que ninguna otra en Francia; cuestión, no de política solamente, sino de amor, de religión. Ningún pueblo ha amado tanto á sus reyes.

Los ojos del pueblo que se abrieron bajo Luis XV volvieron á cerrarse con Luis XVI; la cuestión se oscurece más. La esperanza del pueblo se concentra una vez más en la realeza.

Turgot espera... Aquel pobre rey, tan mal nacido, tan mal educado, hubiera querido poder hacer bien. Luchó consigo mismo, pero sus prejuicios de nacimiento y educación, sus virtudes mismas de familia le llevaron á la ruina. ¡Triste problema histórico!... Los justos tienen disculpa, y, sin embargo, los justos son condenados... Complicidad, res-



MADAMA STAEL

tricciones mentales (poco sorprendentes, sin duda, en el discípulo del partido jesuíta), fueron sus faltas, el crimen que le arrastró á la fuga y á la muerte... A pesar de ello no puede olvidarse que fué mucho tiempo enemigo de Austria, enemigo de Inglaterra, que tuvo verdadera pasión por el engrandecimiento de la marina, que fundó Cherbourg á dieciocho leguas de Portsmouth, que ayudó á dividir Inglaterra en dos, creando una Inglaterra contra otra Inglaterra. Aquella lágrima que Carnot derramó firmando su sentencia, permanece en la historia. La historia y la justicia, al juzgarle, lloraron.

Cada día son mayores sus sufrimientos. No es este el lugar en que debo contar estas cosas. Baste decir que el mejor fué el último,—¡gran lección de la Providencia!—como si fuese necesario que todos se convencieran de que el mal estaba más que en el hombre en la institución misma; y así, más que el juicio del rey, la Revolución hizo el juicio de la antigua realeza. Esta religión ha concluído. Luis XV ó Luis XVI, infame ú honrado, eran sus dioses igualmente, y como hombres fueron iguales, si no por vicio, por virtud, por bondad débil. Incapaz de rechazar peticiones, de resistir, cada día inmolaba el pueblo al pueblo de los cortesanos, y como el Dios de los sacerdotes, dañando á la multitud, salvaba sus elegidos.

Ya lo hemos dicho; la *religión de la gracia*, hecha para los *elegidos* y el *gobierno de la gracia* en manos de favoritos son dos hechos totalmente análogos. La mendicidad privilegiada, ya sea repugnante y monástica ó dorada como en Versalles, es siempre mendicidad. Dos poderes paternos; la paternidad eclesiástica caracterizada por la Inquisición y la paternidad monárquica por el Libro Rojo y la Bastilla.

VIII

El Libro Rojo

Cuando la reina Ana de Austria se encontró regente, no tuvo,—según el testimonio del cardenal de Retz—más que estas palabras en la lengua: «¡La reina es tan buena!»

Aquel día se detuvo el progreso en Francia, y el perfeccionamiento de las clases inferiores que, á pesar de la dura administración de Richelieu, adquiriría gran impulso, quedó anulado. ¿Por qué? Porque la «reina era buena.» Colma de favores la multitud brillante que se presenta en su palacio; toda la nobleza de provincias, que con Richelieu había huido de la corte, vuelve, pide, obtiene, toma; cuando menos, todos exigen exención de impuestos. El labriego que había podido llegar á comprar algunos pedazos de terruño es el único que paga, todo cae sobre él, no puede soportar los impuestos y se ve obligado á vender, se convierte en arrendatario, en jornalero después y en criado.

Luis XIV comienza siendo duro; nada de exención de impuestos; Colbert suprime 40.000 exceptuados. El país prospera. Pero Luis XIV también se vuelve bueno y cada día aumentan las prerrogativas de la nobleza; todo para ella; grados, puestos, pensiones, beneficios y Saint-Cyr para las señoritas nobles... La nobleza está floreciente; Francia en la ruina.

Luis XVI es duro, gruñón y niega cuanto le piden; los cortesanos se quejan amargamente de su rudeza, de sus desplantes groseros. Es que tiene un mal ministro, el inflexible Turgot; es que la reina no tiene

aún influencia sobre él. En 1773 el rey acaba por ceder; la reacción de la naturaleza produce su efecto poderosamente en favor de la reina; él no le niega ya nada ni á su hermano. Es nombrado interventor general el hombre más amable de Francia; Mr. de Calonne, que pone tanta gracia y donaire en dar como en negar sus antecesores. «Señora,—dice á la reina—si esto es posible, téngase por hecho, y si es imposible se hará también.»

La reina compra Saint-Cloud; el rey, tan económico hasta entonces, se deja arrastrar y compra Rambouillet. ¿Quién dirá que todo esto es obra de Diana de Polignac que, dirigiendo hábilmente á Julia de Polignac, saca mucho dinero? La Revolución lo desquicia todo; arranca duramente el gracioso velo que cubría la ruina pública. El velo arrancado deja ver el tonel sin fondo de las Danaidas. El monstruoso negocio de Ruy Paulín y de Fenestrange, los millones tirados entre la deuda y la bancarrota, arrojados por una mujer insensata en el delantal de otra mujer, era mucho más grave de lo que la sátira había dicho. Se ríe, pero se ríe de horror.

El inflexible informador del Comité de Hacienda reveló á la Asamblea un misterio que nadie sabía: «Para los gastos del rey él es el *único ordenador*.»

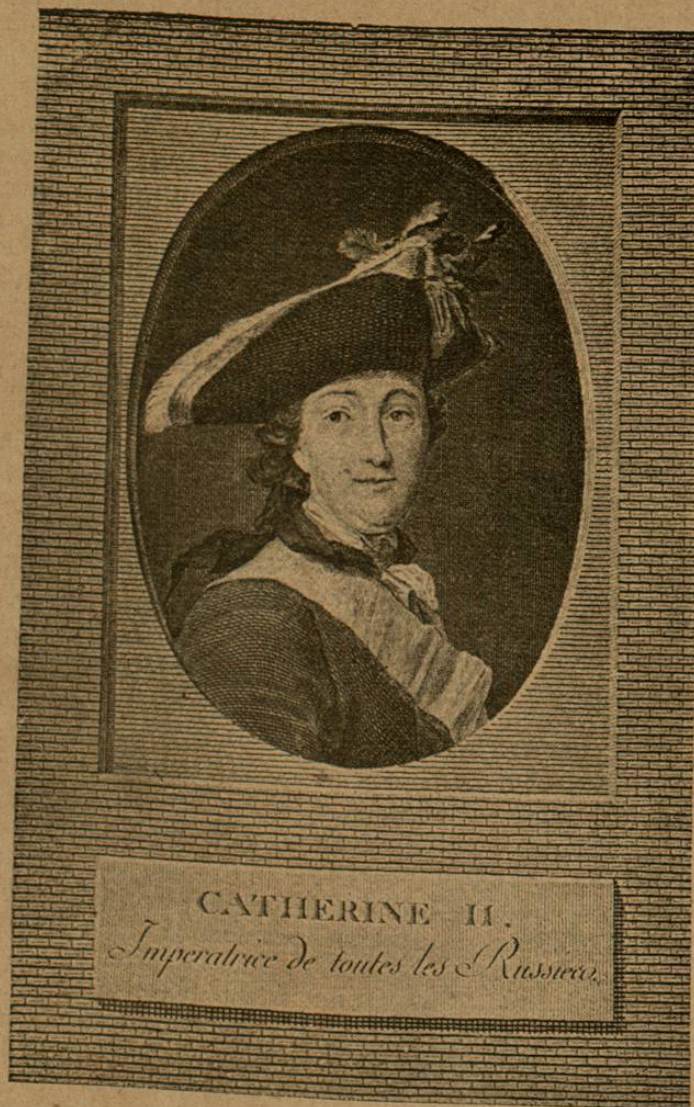
La única medida en los gastos era la bondad del rey. Demasiado sensible para negar y afligirse por los que le suplicaban, resultaba esclavo de todos. Al menor intento de economía se le agobiaba y hacía retroceder. Muchos llegaban á gritar alto y fuerte. Mr. de Coigny (primero ó segundo amante de la reina por orden de fecha) se negó á que le mermaran parte de uno de los varios beneficios enormes que cobraba. Vió al rey y le gritó enfurecido. El rey se encogió de hombros y no contestó. Aquella noche dijo el rey: «Verdaderamente, si hubiera querido pegarme le hubiese dejado.»

No hay familia noble, algo tronada, ni madre ilustre en vísperas de casar un hijo ó una hija, que no saque dinero del rey: «Estas grandes familias contribuyen al brillo de la monarquía, dan esplendor al trono, etc., etc.» El rey firma tristemente y copia en su libro rojo: «A Madame... 500.000 libras.»

Las peticiones iban al ministro: «Yo no tengo dinero, señora.» Ella insiste, amenaza, puede perjudicarlo, tiene influencia cerca de la reina. El ministro acaba por encontrar el dinero... Como hizo Loménie, todos se ven obligados á aumentar los tributos de los pequeños rentistas, que mueran de hambre, si quieren, ó á tomar los fondos de beneficencia y calamidades, y si fuera preciso robarían las cajas de los hospitales.

Francia está en buenas manos. Todo va bien. Un rey tan bueno, una reina tan amable... La única dificultad es que, independientemente de los *pobres privilegiados* que están en Versalles, hay otra clase no menos noble y numerosa, los *pobres privilegiados* de las provincias que

no tienen nada, ni reciben nada, según dicen, y gritan y protestan... Comenzaron la Revolución antes que el pueblo.
A propósito... hay un pueblo. Entre estos pobres afortunados y



CATALINA II
Emperatriz de todas las Rusias. (Grabado de 1762)

estos pobres olvidados, todos con fortuna, nos habíamos olvidado del pueblo.

¡Ahl, el pueblo mira hechos señores á los grandes propietarios. Las

cosas han cambiado. Antes los financieros eran duros, económicos. Hoy todos son filántropos, dulces, amables, magníficos. En una mano traen el hambre, es verdad; pero con la otra reparten alimentos. Lanzan millones de hombres á la mendicidad, pero hacen limosnas. Construyen hospitales y los llenan.

«Persépolis, dice Voltaire en uno de sus cuentos, tiene treinta reyes de los negocios, que sacan millones al pueblo, de los que reintegran alguna parte al rey. Del impuesto territorial, que producía ciento

LA SÁTIRA DE LA REVOLUCIÓN



La pantera austriaca y el cabrito borbónico. (Caricaturas de María Antonieta y Luis XVI)

veinte millones, la administración general guardaba sesenta y se dignaba dejar al rey cincuenta ó sesenta.»

La cobranza era una guerra organizada; dejaba caer contra los contribuyentes un ejército de doscientos mil hambrientos. Estos salteadores lo arrasaban todo. Para sacar algún jugo de un pueblo así devorado, se hicieron leyes crueles, con una penalidad terrible, las galeras, la horca, la rueda. Los cobradores estaban autorizados para tomar las armas; mataban y eran juzgados por un tribunal especial de la misma administración que los absolvía.

Lo más chocante del sistema era la bondad, la facilidad del rey y de los grandes propietarios; de una parte el rey y de otra los treinta reyes del dinero, daban ó vendían la exención de impuestos; el rey hacía nobles; los grandes propietarios creaban arrendatarios fingidos que estaban exceptuados también. Así el fisco trabajaba contra sí mismo. Al mismo tiempo que aumentaba la tributación, disminuía el número de los que pagaban; el peso, agobiando cada vez menos espaldas, era insostenible.

Los dos órdenes privilegiados pagaban lo que les parecía: el clero un donativo voluntario pequeñísimo; la nobleza contribuía por ciertos

derechos, pero según lo que se le antojaba declarar; los agentes del fisco, sombrero en mano, anotaban sin registro ni inspección alguna. El vecino pagaba si no era noble.

Si fuese por derecho de conquista, por la tiranía de un señor por lo que aquel pueblo perecía, podría resignarse. ¡Perecía por bondad! ¡Sufriría la dureza de un Richelieu!; pero ¿cómo soportar la bondad de un Lomènie y de un Colonne, la sensibilidad de los estadistas y financieros, la filantropía de los grandes propietarios?

¡Sufrir, morir en buen hora!; pero sufrir *por elección*, morir de *lo arbitrario*, de suerte que *la gracia* para uno, sea muerte y ruina para el otro, ¡es demasiado, oh, es demasiado!

Hombres sensibles que lloráis los males de la Revolución (con demasiada razón, sin duda): derramad aquí algunas lágrimas por los males que la precedieron.

Venid á ver, os lo ruego, este pueblo tendido en tierra, pobre Job, entre sus falsos amigos, sus patronos, sus famosos salvadores, el clero, la nobleza y el rey. Ved la dolorosa mirada que dirige al rey sin hablarle. Y esta mirada que dice:

«¡Oh, rey, del que yo había hecho mi Dios y á quien imploraba como á Dios mismo; á quien desde el fondo de la muerte he pedido tanto mi salvación, vos mi esperanza, vos mi amor!, ¿por qué no me habéis escuchado?»

IX

La Bastilla

El médico de Luis XV y de madame de Pompadour, el ilustre Quesnay, que ocupaba una habitación en el palacio de Versalles, vió un día entrar al rey de improviso y se turbó. La espiritual ayuda de cámara, madame du Hausset, que tan curiosas *Memorias* ha dejado escritas, le preguntó por qué se desconcertaba de aquel modo. «Señora, respondió el médico, cuando veo al rey me digo: He aquí un hombre que puede hacerme cortar la cabeza.»—«¡Oh, dijo ella, el rey es demasiado bueno!»

Aquella mujer reasumía en dos palabras todas las garantías de la monarquía.

El rey era demasiado bueno para hacer cortar la cabeza á un hombre; además, esto no estaba en las costumbres. Pero, con una sola palabra podía hacerle entrar en la Bastilla y *olvidarle*.

Queda por saber si vale más morir de un golpe, que perecer lentamente en treinta ó cuarenta años.

Había en Francia una veintena de bastillas, de las que seis solamente en 1775, encerraban trescientos prisioneros. En París, en 1779 había treinta prisiones donde se podía estar encerrado sin haber sido

sometido á juicio. Una infinidad de conventos servían de cárceles suplementarias á estas bastillas.

Todas estas prisiones de Estado fueron á fines del reinado de Luis XIV gobernadas, como todo lo demás, por los jesuitas. En sus manos fueron instrumentos de suplicio para los protestantes y los jansemistas, antros de conversión. Un secreto mucho más profundo que el de las cárceles de Venecia, olvido de tumba, lo envolvía todo. Los jesuitas eran confesores de la Bastilla y de las demás cárceles; los prisioneros muertos eran enterrados con nombres falsos en las iglesias de los jesuitas. Todos los procedimientos de terror estaban en sus manos, especialmente el encierro subterráneo, del que se salía casi siempre con las orejas y las narices roídas por las ratas... No solamente el terror, sino la seducción también... tan poderosos ambos medios para los pobres prisioneros. El capellán, para hacer más eficaz la gracia, apelaba á la cocina, mataba de hambre ó alimentaba bien á los prisioneros, según resistían ó se entregaban. Se cita una prisión de Estado donde los carceleros y los jesuitas alternaban con las prisioneras, haciéndolas tener hijos. Una prefirió estrangularse.

El jefe de policía iba de vez en cuando á almorzar en la Bastilla. Esta visita era la vigilancia del magistrado, pero éste no se enteraba de nada, y, sin embargo, era él quien únicamente informaba al ministro. Una familia, una dinastía, Chateaufort y su hijo la Voilliere y su nieto Saint-Florentin (muerto en 1777), desempeñaron durante un siglo el departamento de las prisiones de Estado. Para que esta dinastía subsistiera era preciso que hubiese prisioneros; cuando los protestantes alcanzaron la libertad se encarceló á los jansemistas; después á los literatos, á los filósofos, los Voltaire, los Freret, los Diderot. El ministro generosamente daba órdenes de prisión en blanco á los intendentes, á los obispos, á las personas influyentes. Solamente Saint-Florentin *regaló* cincuenta mil. Jamás se fué más pródigo del tesoro humano, de la libertad. Estas órdenes de prisión eran motivo de un provechoso tráfico; se vendían á los padres que querían encerrar á sus hijos y se regalaban á las mujeres guapas que querían deshacerse de sus maridos. Esta última causa de reclusión era la más frecuente.

Y todo esto por bondad. El rey era demasiado bueno para negar una orden de prisión á un gran señor ó á una alta dama. El intendente era demasiado amable también para negarse á estas peticiones. Los empleados del ministerio, los señores que los colocaron y los amigos de los empleados y de los señores por obligación, por gratitud, por simple favor obtenían, daban y prestaban estas órdenes terribles con las que se enterraban vivos. Enterrado el pobre diablo, porque tal era la incuria, la ligereza y abandono de aquellos amables empleados del ministerio, nobles casi todos, gentes de sociedad, muy ocupados en sus placeres, podía olvidarse de la vida.

Así, el *Gobierno de la gracia*, con todas sus ventajas, descendien-